

FÁTIMA ZOHRA MEKKAOUI ZERROUK

Université Via Domitia de Perpignan

El regreso del corderito: vida y revelación en María Zambrano

Resumen

El símbolo del corderito fue para María Zambrano un elemento mayor de su vida y de su pensamiento por cruzarse sus miradas en un momento clave de su existencia: el paso de la frontera con Francia, por El Perthús, camino de un exilio que duró cuarenta años, a finales de enero de 1939. Más allá de un símbolo con carácter bíblico, está enraizado con lo sagrado, con la vida, integrándose así con la propia existencia de la pensadora, a lo largo de los múltiples itinerarios por varios países de Europa y América, hasta transformarse ella en el corderito que vuelve a casa en 1984 después de 40 años de destierro.

Palabras claves

Corderito; vida; pensamiento; exilio; símbolo; existencia; destierro.

The Return of the Little Lamb: Life and Revelation of María Zambrano

Abstract

The symbol of the little lamb was for María Zambrano a major element of her life and thought for crossing her eyes at a key moment in her life: the crossing of the border with France through El Perthús, on the way to an exile that lasted forty years, at the end of January 1939. Beyond symbol with biblical character, it is rooted with the sacred, with life, thus integrating with the very existence of the thinker, along the multiple itineraries through various countries of Europe and America, to become the little lamb that returns home in 1984 after 40 years of exile.

Keywords

Little Lamb; life; thought-reflection; exile; symbol; existence; dispossession.

A mi madre, que lo mismo que María Zambrano, está siempre en el territorio de la vida.



La lectura de la obra de María Zambrano titulada *España, sueño y verdad* provocó en nosotros una emoción inaudita y extraña que no habíamos sentido hasta entonces. Confirmó nuestro asombro la lectura de otras dos obras suyas que también marcaron nuestra curiosidad: *Claros del bosque* y *Delirio y destino*. Ya nos habían advertido algunos de nuestros profesores de la dificultad que entrañaba la lectura de toda obra de esta gran pensadora, por dos razones: la cantidad y pluralidad de temas que abordaba, la profundidad con que los analizaba. Esta pensadora aborda temas universales, desde diferentes puntos de vista, que son propios a todo ser humano: la vida, la muerte, la soledad, el amor, el tiempo, etc. Dicho de otro modo, si la variedad de temas puede aparentar un caos, en el fondo hay una estrecha relación entre ellos. No obstante, la transversalidad de géneros vuelve a poner en dificultad al lector para encuadrarlos en uno determinado: ¿poesía, filosofía, ensayo? La frontera entre ellos, si la hay, es de una sutilidad impresionante, y no sabríamos afirmar si ella tuvo alguna vez en cuenta esta cuestión.

Si analizamos detenidamente el itinerario vital de María Zambrano y su labor de pensadora, inmediatamente nos damos cuenta de ese constante peregrinar por variadas tierras, seres humanos y espacios que se resume en el título preciso y claro de la biografía de Rogelio Blanco: *La dama peregrina*. Pero al mismo

tiempo, también hemos observado que en el cambio de lugares y espacios que habitó hubo un proceso interior, que ha sido subrayado ya por don José Luis Abellán en su libro *María Zambrano, Una pensadora de nuestro tiempo*. Y cómo no, por el principal estudioso de su obra, Jesús Moreno. Llamáramos, pues, a María Zambrano, la dama de todos los exilios.

No obstante, tratándose de una pensadora tan profunda, el lector debe prestar atención especial a cada una de sus palabras, reflexionándolas en su contexto, sin sacarlas de él, pues son conceptos que aluden a valores, sentimientos y sensaciones que en aquel momento la invadían y preocupaban. La palabra «peregrina», por ejemplo, utilizada por Rogelio Blanco, le da a la vida de la pensadora un aspecto sagrado, que está por encima de religiones, aspectos políticos y sistemas filosóficos, pues la coloca por encima de todos ellos, y es estrictamente personal; interior a todo ser humano.

Todo peregrino tiene una meta final, en un espacio preciso, en comunión o no con otros peregrinos. En este caso, la comunión de María Zambrano con su hermana Araceli fue ejemplo de fusión total, como lo expresa ella misma en algunas cartas. La lealtad a los amigos fue también total e inquebrantable, de principio a fin, como han confirmado ellos mismos. Pero en este tema, también María fue diferente: su itinerario y la finalidad de su viaje, la andadura, eran solo uno: la vida. Nuestro eterno peregrinar, a veces poético, a veces dramático, a veces trágico, que tanto nos cuesta asumir.

José Luis Abellán, estudioso y pensador de todos los recovecos del exilio, señala que el proceso de su vida se hace por «pasos», etapas similares a las de los místicos, con un cambio, una aceptación y una asunción por parte de la autora, como si estuviera marcado por algo superior a ella y recibido como herencia, que bien pudiéramos llamar destino: «Ahora bien, el exilio [...] fue en ella destino, que se hace plenamente consciente en la fecha ya señalada de 1962, pero cabe pensar que, de algún modo, estaba predeterminada a él incluso antes del nacimiento».¹

La pensadora destaca ya este aspecto de su existencia en su obra *Delirio y destino*, dándole a esta última palabra su justa medida: el destino la habitaba ya antes de nacer ella. Lo había heredado de su abuelo, que perteneció, en cierto modo, a «los sin tierra», quedándose así sin raíces en las que anclar su vida: peregrino, errabundo, desterrado, exiliado, etc. Dice así María: «el abuelo que nunca había visto, de ojos azules y maneras impecables, ensimismado, serenamente enloquecido por pasión de verdad y de justicia, que murió pobre lejos de sus encinares de siglos. En él se había consumado. Algo, ella lo sabía, lo sintió siempre; una historia terrestre había terminado».²

Es cierto que con el abuelo terminó «una historia terrestre»; pero la saga familiar siguió con sus padres, en un sentido de destino errante que culminó en las inhóspitas tierras castellanas, concretamente en Segovia: «Sus padres habían sido ya «exiliados» en Castilla donde nadie de la familia había vivido, porque nadie había vivido «sin tierras». Y había crecido así, sintiendo el destierro, y el que había perdido el lazo con la tierra y con la pequeña historia familiar que ha quedado remota, cosa de fábula, de «otros tiempos»; cuando se ha perdido la fábula, ¿qué queda sino el pensamiento?»³

1. Abellán, José Luis, *María Zambrano. Una pensadora de nuestro tiempo*, Barcelona, Anthropos, 2006, pp. 34-35. Colección «Huellas», n.º 21, titulada «De los saberes en su historia». Véase todo el capítulo titulado «Huella itinerante y exilio».

2. Zambrano, María, *Delirio y destino*, Madrid, Mondadori, 1989, p. 184.

3. *Ibidem*, pp. 184-185.

**VIAJES REALIZADOS
POR MARÍA ZAMBRANO**

1936	La Habana y Santiago de Chile
1939	Sur de Francia y París
1939	Nueva York
1939	La Habana
1939	México DF
1939	Morelia (México)
1940	La Habana
1940-1945	La Habana y San Juan de Puerto Rico
1946	La Habana
1946	Nueva York
1946	París
1948	México DF y La Habana
1949	Venecia, Florencia y Roma
1950	París
1951	La Habana y Santiago de Chile
1953-1959	Roma y viajes a París
1959	Trélex sur-Nyon, Suiza
1960-1962	Roma
1962	Genainvilliers, París
1962-1964	Roma
1964	La Piece
1972	Grecia
1973	Roma
1974	La Piece
1978	Ferncy-Voltaire
1980	Ginebra (Suiza)
1984	Madrid
1985	Galapagar (Madrid)

Pero, aunque acepte, desde niña, esa herencia —no le queda otro remedio—, no la asume totalmente, en conciencia, hasta 1962 cuando publica *Carta desde el exilio*, señalando «unas circunstancias irreversibles e incontrolables» —sigue diciendo José Luis Abellán— cuando ella «se instala en el exilio». Llevaba el nexus migratorio, como las aves y otras especies, en el código genético, como afirma Abellán. En todo caso, nosotros queremos comentar uno de los pasos —para nosotros el más importante y decisivo— de ese proceso, que ella evoca en varios de sus escritos: el corderito de la frontera. En los ojos de aquel corderito vio ella marcada la huella del destino, pues los ojos pueden engañar, pero la mirada no.

Jesús Moreno, en una de sus obras sobre María, señala lo que él llama «Geografía del exilio» destacando las fechas y los lugares donde ancló su vida por algún tiempo. Son en total 28, y el segundo de la lista aparece así: «2º) 1939-Sur de Francia y París». Vamos a comentar este segundo paso, presentado por Jesús Moreno de manera muy general, analizando detalle por detalle, siguiendo la información de la propia María, con las circunstancias y el contexto que se dieron. Eso que José Luis Abellán llama «pasos» del proceso vital y José Luis Moreno «Sur de Francia». En este paso, el segundo, pero que es el primero en otros aspectos la autora va dando los nombres de cada lugar y espacio (exterior) y describiendo su estado mental y anímico (interior): campo cerca de La Junquera, es de noche, una lluvia fría, helada, de finales de enero, está en medio de una multitud, y no tiene miedo. Sin embargo, parece increíble cómo puede cambiar el sentido de una vida humana en un metro de distancia o en una hora escasa. Y esto lo vemos claramente en el caso de María Zambrano, que es válido también para miles de exiliados republicanos españoles; y sigue siendo válido hoy para cientos de exiliados de otros países. Es en esos críticos momentos cuando la palabra paso adquiere su sentido estricto, con todas sus variantes: pasas a otro territorio y tienes que aprender a moverte en él en otra lengua y en otra cultura; pasas página a una etapa de tu vida; pasas una frontera, física y visible en una línea de senegaleses negros mal encarados, que antes estaba solo en tu imaginación; pasas de una tierra amada a otra que te es desconocida, pasas de lo estable a lo inestable; pasas de los sueños a las pesadillas; pasas de la esperanza al escepticismo...

En el espacio de unos 50 km, cifra simbólica, se vivió en María un proceso irreversible que duró toda su vida. Ella lo describe, de manera dolorosamente profunda, en *Delirio y destino*, a lo largo del capítulo titulado «Hacia el Nuevo Mundo». Ese mundo que luego le decepcionó amargamente todo a lo largo de su existencia. Había que estudiar a fondo estas dos palabras («Nuevo» y «Mundo»), a la luz de lo escrito por la pensadora, pues en ella son conceptos clave de su biografía. Dice así:

Y no era como otras veces; ahora, su casa había desaparecido y «aquello», su destino soñado, quedaba en suspenso, suspendido entre cielo y tierra o más allá. No podía saberlo, pues aún no se hacía cargo de la derrota. La había sentido un momento en las primeras noches pasadas en aquel pueblecillo de Francia, Salses, cerca de Perpignan, bajo la sombra de un castillo de Carlos V, en la misma «marca hispánica» que fuera un día.⁴

4. *Ibidem*, p. 235.

Este párrafo no tiene desperdicio, por las palabras en él utilizadas, que denotan un proceso interior que ella siente, pero que no acepta aún. Y lo siente en indicios mínimos, «como una revelación», que es como suelen revelarse los verdaderos acontecimientos tanto de la historia personal como de la universal; indicio mínimo pero muy importante. «Sintió el cambio de su situación en el núcleo, frente al mundo, por algo nimio, como suelen revelarse las grandes cosas; sintió miedo al oír unos pasos que subían la escalera del pequeño hotel, pensando fuesen los gendarmes a pedirle la documentación, aunque la tenía.»⁵

Pero en el momento en que descubre quiénes son los que suben por la escalera se le quita el miedo, y, al mismo tiempo, confronta la brutal diferencia entre ella y aquellos ruidosos jóvenes, ahondando aún más en su presentimiento doloroso. Poniéndola frente a su realidad, en su realidad: «Eran unos viajeros jóvenes y alegres que cruzaban camino de París, como ella misma había cruzado así carreteras, caminos, ciudades, pueblos al amanecer, desconociendo la angustia que dormía en alguna cerrada alcoba.»⁶

Y entonces acepta y asume, en mente y espíritu, el proceso que está viviendo, que se impone a ella: «Y aquel miedo y distancia que la separaba de los alegres viajeros le dio la medida del cambio de su situación, más que el haber atravesado la frontera en medio de aquella multitud.»⁷

María Zambrano, rememora en *Delirio y destino*, muchos años después, los pasos de ese proceso, en aquel corto espacio físico pero enorme mentalmente, desde atrás (Salses), final del proceso, hasta el comienzo del mismo (La Junquera); es decir, a la inversa. Lo mismo que le sucedió al abuelo, lejos «de sus tierras» y de los árboles que él amaba, y lo mismo que vivieron sus padres en las inhóspitas tierras de Castilla, ella, allí, en Salses, se desgajaba también de su patria, de su tierra, de su mundo, de su universo, en definitiva. Pero hay más aún en este proceso analizando el lugar en que se produce, sin que ella lo piense ni lo describa. Se trata de algo especialmente simbólico, que nos parece un detalle nimio pero muy importante.

Salses es el último pueblo de la antigua «marca hispánica», y muy marcado en lo que llamaríamos «mentalidad social del lugar», con huellas evidentes de fortalezas y castillos, ruinas ahora que evocan acontecimientos históricos dolorosos de épocas pasadas. E incluso también en la toponimia, pues a unos cuantos kilómetros se levanta el pueblo llamado La Tour de France. Hasta 1659 estas tierras eran territorio español y el Tratado de los Pirineos las puso en territorio francés.

A primera vista, el capítulo que estamos comentando es corto, y su lenguaje y su expresión nos parecen sencillos, concisos y claros. Pero como en Machado, es solo una apariencia, para hacernos reflexionar, plagando el texto de puntos ciegos, es decir desvelando solo una parte y obligando así al lector a hacer una lectura más profunda, que conlleva una reflexión. Y nos obliga a intervenir en el relato, con numerosas preguntas que quedan en suspense, con un vocabulario simbólico y metafórico —nada fácil de interpretar— y con referencias a diferentes culturas y civilizaciones, de diversos campos: filosófico, bíblico, mitológico, psicológico, social, histórico, etc. Vamos a dar algunos ejemplos de lo que estamos

5. *Idem.*

6. *Idem.*

7. *Idem.*

diciendo, subrayando, sobre todo, que el texto hay que dejarlo en su contexto, sin el cual no puede analizarse. Y está así fijado para el lector por su autora.

En primer lugar, hemos señalado más arriba que Salses se encuentra a 50 km del paso fronterizo de Le Perthus, por donde fluyó casi toda la marea humana de refugiados, fundamentalmente ancianos, soldados heridos, mujeres y niños. Eso que María describe como «multitud», antes de atravesar la frontera, no lo olvidemos. Pero Salses es el pueblo más alejado de Perpignan, antes de entrar en territorio francés, como acabamos de señalar. Primera pregunta que se nos ocurre hacer: ¿cómo llegaron hasta allí? Nada hay en el texto del capítulo, aunque, por lógica, para esconderse y no ser detenidos por los «gendarmes», que vigilaban estrechamente la frontera, y enviaban a los campos a todo «fugitivo» que encontraban por los caminos. Salses era pues su última tabla de salvación. ¿Cuánto tiempo estuvieron en este pueblo, roídos por el miedo y la intranquilidad? ¿Quiénes estaban con ella? Estaban, sin duda, miembros del círculo familiar, pero no sabemos quiénes. Un poco antes dice que le acompañaban miembros de tal círculo que ella señala antes de pasar por la frontera: «aún la habían salvado de pasar, junto con su madre y dos primos pequeños y la criada más vieja de la casa, y su perro Micky la última noche de España al cielo raso, bajo la incesante lluvia.»⁸ Pero, desde hacía algún tiempo, María había comenzado a tramitar el paso de la frontera, pero no sabemos cómo, en medio de aquel desorden total:

El 23 de diciembre de 1938 permanece refugiada con su familia en Barcelona. Su padre acaba de morir el 29 de octubre de ese mismo año. Al entrar el ejército nacional en Cataluña, Zambrano inicia los planes para salir por la frontera junto a su madre, su hermana Araceli y el compañero de ésta, Manuel Muñoz. Lo consiguen el 25 de enero de 1939. En poco tiempo están en París.⁹

El círculo familiar que nos da María no concuerda con lo que señala Virginia Trueba Mira, pues de él han caído su hermana y su compañero y aparecen dos «primitos». Ahora bien, ¿dónde y cómo tramitaron el paso de la frontera? En el hotel de Salses, ¿no había otros exiliados españoles, conocidos suyos, de los que no hace mención alguna? ¿Cuánto tiempo estuvieron en el hotel que aparece en la expresión «en poco tiempo»? María pasa de puntillas por algunos puntos de este recorrido que estamos analizando, que es, ya lo hemos comentado, la causa de un choque que cambió toda su existencia, tanto interior como exteriormente. ¿Dónde estaban otros intelectuales exiliados en aquellos momentos? Sin duda, camino de Argelès, o en su extensa playa, espacio de «reagrupación», según expresión del protocolo administrativo francés.

Como ella muy bien dice, su estancia en aquel hotel de Salses, alejada de la frontera y de Perpignan, es un pequeño indicio de salvación pues estaban ya fuera de la zona de vigilancia de las autoridades. Pero estaban, por así decirlo, «semiescondidos», y nada confiados en su refugio ya que las autoridades «cazaban» no solo a los refugiados visibles sino también a los «invisibles», por delación de vecinos e instituciones de la derecha francesa alimentada en periódicos, panfletos

8. Zambrano, María, *Delirio y destino*, op. cit., p. 236.

9. Zambrano, María, *La tumba de Antígona*, Madrid, Cátedra, 2013, pp. 17-18. Edición de Virginia Trueba Mira.

y sermones en las iglesias. El miedo, como dice la expresión, guarda la viña. Y eso era lo que temía la pensadora: «sintió miedo al oír unos pasos que subían la escalera del pequeño hotel, pensando fuesen los gendarmes a pedirle la documentación, aunque la tenía»,¹⁰ como ya señalamos en líneas anteriores.

¿Pero qué tiene que temer nuestra pensadora si tenía la documentación en regla? Ya lo hemos dicho: con la documentación en regla o no las autoridades exigían controlar a todo español que pasara la frontera, legalmente o no. Además, empezaba a correrse la voz diciendo que los exiliados eran portadores de todo tipo de enfermedades y miserias, como sucede desgraciadamente hoy. Si María escribió estos recuerdos muchos años después, 50 exactamente, ¿por qué no recordó algunos aspectos del mismo? ¿Cómo fueron, por ejemplo, desde El Perthus hasta Salses? Vamos a aportar un ejemplo similar al suyo, el de Walter Benjamin, y en concreto de su ángel guardián, Lisa Fitko, que tampoco recuerda cómo fueron desde Port-Vendres hasta Banyuls en su libro de memorias. En este caso, creemos, para ocultar los nombres de las personas que le ayudaron que aún vivían en el momento de publicarlas.

Ahora bien, tenemos que detenernos en un término clave de la filosofía de nuestra pensadora: revelación. Según el *Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua*, procede del latín «revelare» y es «1: descubrir o manifestar lo ignorado o secreto; 2: proporcionar indicios o certidumbre de algo; 3: manifestar Dios a los hombres lo futuro u oculto»¹¹. María Moliner, en la primera acepción de su diccionario dice así: «Descubrir». Decir o hacer saber cosas que se mantenían secretas».¹² Esta descripción nos parece más acertada y precisa pues los verbos «decir» y «hacer saber» expresan muy bien la manera de explicar la revelación: sea por vía oral en el primer caso, sea por vía escrita y de manera razonada el segundo, con la intención siempre de transmitir un saber para profundizar y ampliar nuestro conocimiento. (Volveremos a este punto más adelante). Ferrater Mora, en su *Diccionario de la Filosofía* dice que es, «en sentido general, manifestación o descubrimiento de algo oculto». Pero más adelante añade que «puede ser natural y sobrenatural». En el segundo caso, concierne a la teología de las religiones reveladas y es un asunto entre Dios y los hombres, revelado a través de mensajes directos de Dios o sirviéndose de intermediarios (la Virgen, los apóstoles, los santos, los ángeles y arcángeles, etc.); o también a través de objetos o animales simbólicos: el corderito blanco en el caso de María Zambrano. No obstante, Ferrater Mora nos avisa de algo muy importante y a tener en cuenta:

10. Zambrano, María, *Delirio y destino*, *op. cit.*, p. 235.

11. *Diccionario de la Lengua Española*, Madrid, Real Academia Española, 1992, Tomo II, p. 1.792.

12. Moliner, María, *Diccionario de uso del Español*, Madrid, Gredos, 1983, Tomo II, p. 1.032

13. Ferrater Mora, José, *Diccionario de filosofía*, Barcelona, Ariel, 2001, Tomo III, p. 3.090.

Varios problemas se plantean con respecto a la revelación. Unos son de naturaleza preponderantemente religiosa y teológica, otros, de índole predominantemente filosófica [...] Entre los problemas filosóficos destaca uno: el de la relación entre la revelación y la razón. Tres posiciones fundamentales pueden adoptarse al respecto: I) La revelación es opuesta a la razón, pues lo que se revela es inaccesible a ella; II) La revelación coincide con la razón; III) La revelación es superior a la razón.¹³

A continuación, Ferrater Mora explica cada una de ellas informándonos de los matices y diferencias, a veces muy sutiles, indicando claramente que son «opiniones»:

En el primer caso se pueden dar dos opiniones: (Ia) La oposición no muestra la falsedad de la revelación, sino la debilidad de la razón; (Ib) La revelación no puede ser verdadera por oponerse a la razón. En el segundo caso se supone que la racionalidad de Dios, de la realidad y del hombre son substancialmente las mismas y las únicas posibles. En el tercer caso se rechaza que verdad revelada y verdad racional sean iguales u opuestas y se declara que se hallan en relación de subordinación de la segunda a la primera. La verdad revelada no contradice entonces la verdad racional, pero la trasciende infinitamente.

Lo que sí tenemos claro con relación a María es que fue una revelación, pues ella utiliza la expresión «como suelen revelarse las grandes cosas». Y tal como lo describe nos lo da a entender por las circunstancias exteriores, espacios en que se da; esos «pasos» que llevan a la filósofa a pensar que es algo excepcional, el vocabulario que utiliza y el simbolismo que connotan algunos términos de la descripción. Es indudable que se trata de una revelación filosófica, de carácter humano, que remueve psicológicamente las entrañas de su ser («siento») y de sus valores humano.

Si hacemos un análisis y comentamos cada uno de los puntos que hemos destacado en el párrafo anterior nos daremos cuenta de que María Zambrano nos señala de manera clara, o simbólicamente, por qué ella sabe y confirma que es una situación excepcional tanto exterior como interiormente. Pero el problema mayor es aceptarla, y sobre todo, asumirla.

Circunstancias y contexto

Muy poco podemos añadir al respecto pues hay miles de libros que explican este acontecimiento histórico desde todos los puntos de vista. Con frecuencia, y en momentos tan graves, no coincide la historia oficial con la real y hay versiones opuestas y puntos aún oscuros y sombríos, totalmente antitéticos, entre las memorias de los que tenían el poder y las de aquellos que lo sufrían, agrupados en la expresión «el Pueblo español». Múltiples libros, artículos periódicos, fotografías, documentos cinematográficos, etc. nos dan hoy una versión más completa de aquellos momentos dramáticos.

Espacios

Destacaremos dos, que van de lo mayor a lo menor, siguiendo el itinerario del exilio, aunque en la narración se dan a la inversa: el exterior, abstracto, y el interior, concreto; y en este último pudiéramos meter el espacio que rodea a María, en donde vive la revelación, y la propia María, con cuerpo, mente, alma y entrañas viviendo y sintiendo tal experiencia. En cuanto al primero lo resume al «prado al pie de la montaña en La Junquera, bajo la helada lluvia del mes de enero».

14. *Ibidem*, p. 3.091.

Pero, aunque el día y la noche habían sido «interminables... No había sentido la derrota» (*Destino*, 236) porque estaba entre «la muchedumbre», porque la habían protegido «un barbudo comandante y dos tenientes», con un deseo que era casi una orden: «espera, aquí hay un rincón para ti». Y sobre todo, porque alguien cantaba, para olvidar, en medio de la última noche que pasó en España, al cielo raso, bajo la incesante lluvia: «Durante toda la noche había oído cantar, tabique por medio, a un soldado herido». Pues bien, si están en un prado y al cielo raso no puede haber rincón ni tabique por medio, ni llueve con cielo raso, y menos aún cuando hay tramontana. Pero lo que realmente importa es que estaba entre la muchedumbre y «Todavía no se había desgajado de la comunidad», «era una más entre todos», «y mientras se siente uno así no hay derrota posible, aunque se la sepa cierta decretada ya». Nosotros, sin embargo, proponemos la hipótesis que María está hablándonos también del primer paso de todo el proceso, tanto físico como interior. Algo así como «la noche oscura del alma», de San Juan de la Cruz.

Y en cuanto al espacio interior, que ella separa claramente del exterior con un punto y aparte en la narración, ya ha cambiado de tono: «Pero ahora, entonces ya sola en un cuarto de hotel, ya así. Sabía que para siempre se había desgajado de aquella multitud de la que formaba parte, como uno más, uno entre todos; se había desgajado para siempre, había vuelto, volvía a ser ella, otra vez a estar «aquí», a solas consigo misma. (*Delirio*, p. 237).

En ese estar «aquí» y «a solas conmigo misma», en un cuarto, habitación o alcoba, como dice ella, piensa, medita y reflexiona en su destino, nuevo para ella y totalmente incierto. Cerró etapa, ciclo y se sentía «en vías de nacer a través de aquella agonía inédita». Y aunque su destino cercano era París, no sentía la alegría de aquellos jóvenes, que iban también a la capital francesa. «Su destino soñado quedaba en suspenso, suspendido entre cielo y tierra o más allá», lleno de nubarrones y de malos presagios, «pues ahora su casa había desaparecido», su patria y la tierra que enraizaba sus pasos, llenándola de una angustia «que dormía en alguna cerrada alcoba», sigue diciendo. Además de dicha angustia personal, otro signo evidente: «Eran ya diferentes. Tuvieron esa revelación: no eran iguales a los demás, ya no eran ciudadanos de ningún país, era exiliados, desterrados, refugiados...». Como almas errabundas por la Tierra, no eran vivientes sino «supervivientes». Vivirían de prestado, como declararon otras muchas exiliadas españolas desde que salieron de España. Ella lo precisa al final del capítulo de manera clara: «Mas ahora no se sentía en ninguna parte, en parte alguna del planeta (...) por una especie de presentimiento del ser terrestre que somos, por un sentir originario, de las raíces del ser, que solo en la tierra encuentra su patria, su lugar natural, a pesar de la lucha que ello entraña, o por ella, la tierra.»¹⁵

Vocabulario

Frente a la grandeza trágica de la catástrofe que vive la pensadora, hay pequeñas notas de esperanza, algo que nunca la abandonó. Y están todas relacionadas con su carácter, con su mundo interior, con un rincón del alma, como dijimos anteriormente. Algo que la convierte en un ser «sagrado», similar a los sabios de la Edad Media y del Renacimiento, en clara alusión a Fray Luis de León: «algo

15. Zambrano, María, *Delirio y destino*, op. cit., p. 236

diferente que suscitaría aquello que pasaba en la Edad Media a algunos seres «sagrados»: respeto, simpatía, piedad, horror, repulsión, atracción, en fin... eso, algo diferente. Vencidos que no han muerto, que no han tenido la discreción de morirse, supervivientes.»

Y frente a aquella inmensidad de la tragedia hallamos en su vocabulario diminutivos que connotan un aspecto de cariño, íntimamente ligados a su alma, a la que dan un poco de calor, algo nimio que la reconforta. Y así, por ejemplo, sucede todo este proceso en «un pueblecillo de Francia», junto a la mole de la ciudadela mandada construir por Carlos V, en un «pequeño hotel», que a veces es habitación, a veces «cuarto», para acabar en algo más íntimo: alguna «alcoba» de su mente. La alcoba, justamente, el espacio donde se realiza los actos de amor más íntimos y pudorosos, y María Zambrano lo era. Los viajeros, por lo demás, era jóvenes, «alegres» y «amables», bullangueros que hacían lo mismo que ella había hecho de joven. Eran «viajeros» como lo fue ella también, con el ánimo de descubrir mundo, y sobre todo París, ciudad mágica y atractiva en todo tiempo. Y aunque viajaban en trenes o barcos, como ellos, no era la misma situación, pues todo les provocaba «sobresaltos»; en incluso, más terrible aún, «pesadillas», pues «Eran ya diferentes». Y este «ya» de María Zambrano expresa la aceptación de algo que no puede cambiar, algo irrevocable. Pero sigue sin asumirlo, como veremos después.

Saber y sentir se alternan constantemente en este texto, lo mismo que en toda la obra de la pensadora, pues son los pilares fundamentales en los que asienta todo su sistema filosófico. Los utiliza en diferentes formas y tiempos según expresen algo que se presagia, que no alcanza a saber la razón. He aquí el gráfico que resume el uso de ambos verbos:

p. 235, «No podía saberlo»	«La había sentido un momento» (derrota) p. 235
p. 236, «no había reconocido»	«Sintió el cambio» p. 235
p. 236, «se las sepa cierta»	«Sintió miedo» (miedo tres veces)
p. 237, «sabía que»	«No había sentido» p. 236
p. 237, «sabía que nada» (5 veces)	«se siente uno así» p. 236
	«habían sentido aquellos pasos» p. 237
	«no sentía en ninguna parte» p. 238
	«el alma no siente ninguna señal» p. 238
	«especie de presentimiento» p. 238
	«un sentir originario» p. 238
	«como sentirse otra vez» p. 238

Simbolismo de algunos elementos

María Zambrano nos transmite también un conocimiento de la situación que vivió, con otros miles de exiliados españoles, a través de determinados elementos simbólicos. Uno de los más importantes es la escalera y aparece en tres ocasiones, por tratarse de un elemento que conlleva en sí mismo un paso iniciático; lo mismo que una puerta, un puente, o una frontera, por ejemplo. En él se agrupan los tres saberes que proporcionan conocimiento a todo ser humano: exotérico, esotérico y erótico. El primer nos proporciona el saber que nos llega del exterior,

elevando nuestros ojos y extendiendo nuestra mirada a todo lo que nos rodea: contemplamos el cielo, un paisaje, escuchamos una canción o el canto de los pájaros, observamos una danza, etc. Como si subiéramos al cielo, ascendemos hacia algo elevando nuestra mente y nuestros ojos. El segundo es el que nos lleva a nuestro conocimiento interior, como si a través de la escalera bajáramos a la oscuridad de un sótano, de una bodega, y más que ver, sentimos a través de la penumbra lo que nuestros ojos no pueden ver claramente: intuimos, tanteamos, meditamos, reflexionamos, pensamos, etc. En el tercero vivimos algo que no podemos expresar con el lenguaje, nace con nosotros, es el más profundo e instintivo y nos arrastra a mundos inimaginables a los que debemos acceder con los ojos cerrados: todo lo relacionado con el erotismo, la sensualidad y la sexualidad: imaginación, sensaciones, sensualidad, emociones, etc. Se trata de lo esencial, resumido en una frase de *El Principito*: «Solo se ve bien con el corazón. Lo esencial es invisible para los ojos». O como nos muestra muy bien Velázquez en «Las hilanderas», último de sus cuadros, con una escalera bien visible, junto a una ventana, para des-ve-lar-nos los secretos y saberes que componen todo conocimiento y nuestro existir.

Todo el filosofar de María Zambrano discurre a través de las cifras 2 y 3. Especialmente de esta última, por tratarse de la cifra que representa la totalidad, el todo. En el texto que nos ocupa, además del binomio saber/sentir, otros elementos confirman no la oposición de los mismos sino su complementariedad. El binomio María/Araceli tuvo siempre un vínculo indestructible, complementariamente necesario para ambas, pues la pensadora lo manifestó una y mil veces en diversos textos: cartas, teatro, ensayos, artículos, memorias, etc. La escalera aparece tres veces en el capítulo, tres veces avisaron por la noche antes de atravesar la frontera, a las tres de la mañana, hay un sitio para ti —le habían dicho por tres veces— etc. Al principio, unida al miedo y al temor por los gendarmes: «sintió miedo al oír unos pasos que subían la escalera del pequeño hotel»; en el centro del relato, cuando ya sabe quiénes son los que suben se ensancha su corazón: viendo «subir las escaleras de un pequeño hotel»; como «ellos» habían hecho tantas veces de jóvenes», al final ya más tranquilos: «subir las escaleras de un hotel sin imaginar que sus pasos traerían sobresaltos a alguien que era diferente». (p. 237)

En la parte final de este capítulo, separado del resto, hay un canto a la esperanza, virtud que nunca la abandonó, pero expresada de una manera agrídulce, en un vaivén entre lo que deseaba, lo que presagiaba y lo que pasó realmente. Sin embargo, sentía ya algo interior muy profundo que rodeaba a cada uno de aquellos exiliados, «como un cerco sombrío» (p. 236). Y ahí está de nuevo la cifra 3 manifestada entre deseo, sueño, esperanza, y al mismo tiempo, cierta aprensión en cuanto a lo que les espera al llegar de nuevo a tierra. Van atravesando el océano en un «inmenso trasatlántico» y esperan llegar pronto a «un continente, ancho, inmenso, maternal». Aquel continente, América, era «hija del sueño de Europa». La tierra deseada aparece ahora como una inversión, pues siendo hija de Europa no debe acogerlos como una madre. O al menos con un instinto «maternal», solo soñado, pero no real, como comprobó después. Escapaban de una Europa envejecida, acorralada por las garras de asesinos sedientos

de muerte que les hacían huir de su territorio. Todo Europa, especialmente París, su querido París —al que volverá más tarde por razones familiares— los «ve» a través de una pesadilla que comenzaba a pesarle: «en aquel París en cuyo rostro se leía la inminencia de un cerco también, de un terrible cerco que se apretaba, aunque sin precisarse todavía» (p. 238)

Y una situación de desamparo total, en medio de un océano rugiente a veces, ¿cómo no hacerse las preguntas más importantes, los interrogantes sin respuesta: «Realmente ¿dónde estaban?, realmente ¿quiénes eran?». Las preguntas están hechas en doble sentido, son de carácter retórico y conciernen también al lector. Sobre todo, a todos los millones de seres que han vivido —y viven, desgraciadamente— la misma situación. El lector sabe que están en medio del océano físicamente, pero realmente, en su mente y espíritu, en su interior, con un miedo similar al que le provocaban los pasos subiendo las escaleras, están en medio de una galerna bestial. Y ella «ve», presagia, siente en su pesadilla lo que puede pasarle a los miembros de la familia que quedaron en París, algo que se cumplió después. Y una buena mañana, como un amanecer radiante, volvió la esperanza: «Había recibido en una misma mañana dos cables, dos llamadas, dos ofrecimientos de México y de Cuba. Dos días después, otra para él, desde Chile. Responderían a la triple llamada de la América maternal, ¡tan ancha!» (p.238)

Tres veces nos señala, como hipérbole mayor, la doble llamada de una «hija» a su madre, ahora para acogerla y salvarla de una tierra que fue antes madre, pero que ya no puede volver a pisar. Como los sabios de la Edad Media, aquellos «seres sagrados» ha sido expulsada de su seno. Ya es como uno de ellos. La cifra dos, como vemos, juega también aquí un papel importante: marido/mujer. Pero ahora está en ese bamboleo del barco, física y mentalmente, y «no se sentía en ninguna parte, en parte alguna del planeta, como sucede en el centro del océano cuando el alma no siente ninguna señal de la presencia de la tierra». El verbo sentir, utilizado dos veces, está anclado en el alma, en lo más profundo de ella, sin ver, sin palpar, sin divisar en el horizonte «a ningún pájaro» que anuncie la cercanía de ella, de la tierra prometida, como en tiempos de los conquistadores. Pero del mar sale la vida. Y de ese paso iniciático del océano brotará un renacer, pues, en cierto modo, ha dejado atrás una España muerta, y Europa está a punto de agonizar. Y el último párrafo del capítulo es el canto de esperanza de un alma desgarrada, sentido como un eco unamuniano, al que se agarra la pensadora como un clavo ardiendo. Ha terminado una etapa de su vida, ha cerrado un paréntesis, ¡uno más!, de los muchos que compusieron su vida. El párrafo, en expresión y contenido tiene una fuerza brutal, lo arrolla todo y ensalza la vida como única solución: «Y era como sentirse otra vez en vías de nacer a través de aquella agonía inédita. ¡Cuántas había atravesado ya! Vivir era eso: morir de muertes distintas antes de morir de la manera única, total que las resume todas, agonizar también, pasar entre la vida y la muerte, ser rechazado de la vida de múltiples maneras sin que por eso la muerte abra sus puertas. «Vivir muriendo». (p. 238)

Los mismo que piensa también Herrera Petere, amigo suyo, expresándolo de forma poética. Con un vocabulario similar al de María Zambrano, en el poema titulado «La pequeña muerte»:

La muerte puede ser grande
Con alas, y estrépito de alaridos.

Pero también puede ser pequeña,
Morir humildemente,
De bala imperialista,
O agonizar a solas,
Entre un rincón y el techo.¹⁶

Como un eco resuenan en el poema de Herrera Petere las palabras «muerte», «agonizar a solas», en medio de la nada, del océano olvidado por todos, «entre un rincón y el techo». La diferencia de género en los dos textos nos deja en una eterna reflexión: ¿A qué se refiere Petere con «un» rincón? ¿Dónde estaba tal rincón? ¿Cuál era el «rinconcito» reservado a María por aquel comandante barbudo? ¿A qué «techo» alude Petere anteponiéndole el artículo definido «el»? ¿A qué «tabique» hace alusión María relatando la última noche que pasó en España? Como vemos, la errancia de uno y otro pasa por momentos y experiencias similares, física y mentalmente, expresados a la vez con términos y metáforas muy parecidos.

Haciendo una conclusión breve de este apartado, deteniéndonos a lo que María Zambrano escribió 50 años después en *Delirio y destino*, corroborando lo que ya había escrito en 1962 en «Carta desde el exilio» podemos deducir que el paso de la frontera con Francia, a finales de enero de 1939, fue sin duda el trago más amargo de su vida. No solo por las experiencias que vivieron ella y los suyos, como hemos señalado a lo largo de nuestro comentario sino por la obligación real, desde aquel instante, de asumir que eran diferentes. Apátridas sin destino bamboleados por circunstancias que no podían afrontar por ellos mismos. En segundo lugar, señalaremos también que, a las preguntas que ella se formula en el capítulo que hemos analizado y comentado, es evidente que evitó recordar y escribir en sus memorias los aspectos que le producían dolor profundo aún; sentía aún ese dolor 50 años después y lo evitó voluntariamente pasando de puntillas sobre él. No había superado aún aquel trago, no lo había asumido todavía, aunque lo hubiera aceptado ya en 1962, según consta en «Carta desde el exilio». No podemos creer que la pensadora no viera ni escuchara los castigos y vejaciones hechos a las mujeres, niños, heridos y ancianos, que estaban delante de ella para pasar los primeros, llevados a cabo por los soldados senegaleses, a los que se rinde homenaje hoy, 80 años después, cuando no queda ninguno vivo (5 ó 6 solamente) en la película «Les tirailleurs». En cambio, lo vio, y lo describe con todo detalle Federica Montseny en sus memorias, y en otras memorias de exiliadas españolas que también pasaron con ellas, que suman más de 60 hasta el momento. Dice así Federica Montseny:

Recuerdo esa horrible visión de un grupo de heridos rechazados. Los senegaleses, con porras en las manos, les golpeaban. La masa humana, aullante y sollozante, huía bajo los golpes. Los que caían al suelo eran

16. Herrera Petere, José, *El incendio*, París, Guy Chambeland, 1973, p.18.

despiadadamente pisoteados. Los negros golpeaban salvajemente, sin compasión, haciendo correr a los cojos, gritar de dolor a los heridos en la espalda o en los brazos.¹⁷

O quizás incluso porque vivió una paradoja que aniquiló completamente la visión que tenía de Francia hasta entonces, como modelo a seguir, lo mismo que le ocurrió a intelectuales, políticos, artistas, obreros, etc. Sobre este mismo aspecto, la misma criada que pasaba aquel mal trago con ella ahora la había acompañado años antes en otra visita al territorio francés, como viajeros jóvenes, alegres y confiados, y le había dicho, con gran alegría y entusiasmo: «Volvían de una playa del país vasco-francés, y parecía haberse traído consigo [la criada] la alegría de esa vida francesa «en que todo era posible» que decía ella; «todos los modos de ser son posibles, allí nadie se pierde, cualquier cosa por su valor que sea, todo, todo lo que vale se valora; y si tú vinieras allí, lo que llegarías a ser y lo que serías ya». (*Delirio*, p. 138)

El antiguo entusiasmo de la criada y el de pensadora se había helado ahora en sus labios, corazón, mente y alma, por la actitud de las autoridades francesas, que no del pueblo francés —distinción que hace Antonio Machado, lúcido como siempre—, lo mismo que les helaba el cuerpo la fría lluvia que les acompañó en aquel trance.

Pero María se reponía inmediatamente, pues había apostado por la vida/Vida, y guardaba en estas circunstancias «Una serenidad total, para asombro de todos», según frase pronunciada por su primo Rafael Tomero. Y en un renacer casi inmediato, en ese ánimo —innato en ella— que la habitaba se dio fuerza para seguir haciendo la dolorosa andadura que le esperaba aún, por diferentes territorios del mundo, en su eterno andar de «dama peregrina».

Como hemos expresado al principio de nuestra ponencia, todo lo que concierne a María Zambrano debe abordarse desde diferentes puntos de vista, y en profundidad. No lo es menos, por lo tanto, la cuestión del simbolismo de «su» corderito. El Diccionario de la Real Academia lo define así: (Del latín *simbolum* y este del griego σύμβολον). m. Representación sensorialmente perceptible de una realidad, en virtud de rasgos que se asocian con esta por una convención socialmente aceptada. (Diccionario R.A.E., p. 1882)

Y a partir del siglo XIX, añade en la segunda acepción, «asociaciones subliminales de las palabras o signos para producir emociones conscientes. En cuanto a la definición que nos da el Diccionario de Símbolos editado por Robert Laffort, en París, leemos:

En razón de su misma finalidad este diccionario no puede ser un conjunto de definiciones como el léxico y el vocabulario habituales. Un símbolo es capaz de toda definición. Por naturaleza rompe todos los moldes establecidos y es imposible reunir todos los extremos en una sola mirada. Es como una flecha, inmóvil y fugitiva, evidente e inaprensible [...] Las palabras que utilicemos serán incapaces de expresar todo el valor de un símbolo.¹⁸

17. Monseny, Federica, *Pasión y muerte de los españoles refugiados en Francia*, Toulouse, Espoir, 1969, p. 23.

18. Diccionario de símbolos, París, Robert Laffort, 1992, p. XII. La traducción es nuestra.

Juan Eduardo Cirlot expresa en su *Diccionario de los ismos* que es un concepto difícil de definir y evoluciona con el tiempo:

El simbolismo es el sistema de relación constituido por los símbolos. El concepto de símbolo es algo que no se puede determinar con exactitud absoluta, ya que el uso de posibilidades inherentes a la cosa simbólica ha variado en el transcurso del tiempo y también con arreglo a los sectores culturales que han utilizado lo simbólico. En general, símbolo equivale a «imagen de relación», o a objeto que asume las cualidades de la imagen aludida.¹⁹

Y en cuanto a uno de los apartados titulado «simbolismo artístico y literario», añade: «Suficientemente conocido es el hecho de que las imágenes integran acciones afectivas. Es por el sistema de cualidades inherentes a las cosas, bien se trate de objetos reales o imaginarios, que el universo estático deviene dinámico, y que lo inmanente se transforma en trascendente.»²⁰

He aquí lo que le ocurrió a María Zambrano en el momento de ese cruce de miradas, entre ella y el corderito: trascendió la realidad, el momento. La percepción de mirada, tiempo y lugar le llevó a imaginar, o a recordar, todo un sistema de cualidades de seres humanos y de cosas ancladas en su mente y relacionadas con su pasado. Hay una transferencia invisible a través de ese objeto que se esconde tras la simbolización. Y añade aún el autor: «Por tal motivo, el simbolismo artístico, ya se trate de simbolismo literario, pictórico o musical, sigue perteneciendo a este vastísimo modo de comprender el mundo y de hacerlo asequible e ínfimo, significativo para la sensibilidad y el anhelo personal.»²¹ Y por lo tanto, esto explica, a nuestro juicio, esa «atadura» de nuestra filósofa a la mirada del inocente corderillo: despertó todo un universo del pasado de María. Más aún, lo que María captó para siempre fue la mirada del corderillo, pues los ojos pueden engañarte, pero la mirada no y con ella, todo un pasado que se iba.

José Ferrater Mora, profesor de Filosofía en la Universidad de Barcelona y exiliado como María al terminar la guerra, nos da su versión sobre el símbolo en su *Diccionario de Filosofía* comparándolo con el signo: «Lo más común, sin embargo, es distinguir entre «símbolo» y «signo» como sigue: signo es una señal natural (como el humo, cuando se considera como una señal de fuego); símbolo es una señal no natural, es decir, una señal convencional (como el color rojo, cuando se considera como un símbolo del fuego).»²²

Ahora bien, si volvemos al texto de María Zambrano, varios términos llaman nuestra atención, pero dos en particular: una mirada que la siguió toda su vida, es decir un mirar constante y actante que diría ella, y el hombre que llevaba el corderito ¿Quién sería?, nos preguntamos nosotros. ¿Se lo preguntó ella también, pues se trataba sin duda de un desconocido? Vamos a avanzar una hipótesis partiendo de algunos elementos que aparecen en este párrafo:

Y luego he vuelto. Y el cordero no estaba al pie del avión. Ahora bien, procuré, cuando ya puse el pie en tierra, quedarme completamente sola y pisar la tierra

19. Cirlot, Juan Eduardo, *Diccionario de los ismos*, Madrid, Siruela, 2006, pp. 596-614.

20. *Ibidem*, p. 600.

21. *Ibidem*, p.601.

22. Ferrater Mora, José, *Diccionario de Filosofía*, Barcelona, Ariel, 2001, Tomo III, p. 3.282.

española sola, sin apoyo. Pero el hombre del cordero no estaba. ¿Cuándo he venido a darme cuenta? Pues ahora [...] Y cuando he visto las imágenes que sacaron los fotógrafos que me aguardaban, tan conmovedoras, tan blancas, tan puras, entonces vi que el cordero era yo. El hombre no aparecía sosteniéndome en su espalda porque yo me había asimilado al cordero.²³

Algunas preguntas nos surgen al leer el texto: Primera, subraya, en frases cortas y claras, que «el cordero no estaba», y sobre todo, «Pero el hombre del cordero no estaba». La preposición «pero» que inicia la frase supone o da a entender que ella esperaba verle allí, esperándola al pie del avión, con su corderito al hombro, simbolizando el retorno. De ese modo cerraba el círculo del periodo del exilio. Si así fuera, ¿por qué entonces ese afán de «quedarme completamente sola y pisar la tierra española sola, sin apoyo»? ¿Necesitaba realmente ver de nuevo al hombre y al cordero? ¿Por qué las imágenes que sacaron los fotógrafos son «tan conmovedoras, tan blancas, tan puras», personificándolas, asimilándose así al corderito de ida y de vuelta? ¿No habrá, en ese hombre que llevaba al cordero, una oculta referencia a su padre, muerto poco antes en Barcelona, que le hubiera ayudado a pasar la frontera perturbadora camino del exilio? Ahora vuelve ella por su propio pie, responsable de todo lo vivido en su etapa de exiliada, envuelta en un abrigo blanco, «corderito» grande ya, cerrando el ciclo en un mismo elemento, pero con otro simbolismo ahora.

Con relación al símbolo del corderito a través del arte son varios los artistas que lo han tratado en sus obras, ya sea de manera individual o en grupo, en rebaño, con variantes simbólicas cada vez, según las épocas. Nada tienen que ver las ovejas de Giotto en la obra *Retiro de San Joaquín entre los pastores* (siglo XIV), pasando por las obras *La adoración de los pastores* y *el Buen Pastor* (1660), de Murillo, hasta *Pastor con un rebaño de ovejas* (1884) de Van Gogh, o *El cordero* (1914) de Franz Marc. Siguiendo con este tema, debemos hacer mención especial al artículo del profesor Miguel Ángel Aparicio Tovar, veterinario de profesión, que comenta los cuadros (4 en total) de Zurbarán representando un cordero, «desde una perspectiva zootécnica», aclara él mismo.²⁴ Zurbarán y Murillo, artistas del Barroco español, son los que mejor han representado dicho tema. Y el profesor Aparicio lo destaca bien en su artículo dándonos las diferencias entre cordero y carnero, a través de sutiles detalles de profesional, algo que no nos aclara la Biblia en su crónica sobre Abraham, por ejemplo.

Pero es la profesora Ana Bundgaard la que profundiza y desarrolla el simbolismo del corderito en María Zambrano, de manera clara y rotunda, en el artículo titulado: «La filialidad del cordero»: interpretación de la imagen simbólica del cordero en textos escogidos de María Zambrano. En este artículo se destaca fundamentalmente la intertextualidad de los escritos de María Zambrano con los textos bíblicos, sean del Antiguo o del Nuevo Testamento, según las connotaciones que destaca la autora. Sobre todo, como símbolo de inmolación, «como cordero llevado al matadero», sin que pueda hacer nada para evitarlo. Por eso, los cuatro corderos que pinta Zurbarán, con las manos atadas, tienen una quietud divina. Nada pueden hacer porque tienen que cumplirse los escritos sagrados

23. Zambrano, María, *Las palabras de regreso*, Salamanca, Amarú Ediciones, 1995, p. 16. Edición de Mercedes Gómez-Blesa.

24. Aparicio Tovar, Miguel Ángel, «Los corderos de Zurbarán (1)» *Información Veterinaria*, noviembre 2010, pp. 22-24.

y debe ser inmolado para salvar a la multitud, al pueblo de Dios. Y en este caso concreto, al Pueblo español, al que pertenecía María.

Y si la mirada del corderito era una «mirada indecible», que no puede, ni intenta «transcribir en palabras» no lo es menos el aliento del corderito, símbolo, creemos, del Espíritu, de una comunicación divina. Y esos dos elementos, mirada y aliento, convierten a la pensadora en una elegida de Dios, una bienaventurada con una misión concreta, porque ha sido elegida por el Buen Pastor, y lo mismo que los primeros cristianos, perseguidos como ella, alcanzarán una tierra prometida, que no es ni material ni histórica, después de peregrinar 40 días por el desierto, como peregrinó ella más de 40 años por diferentes tierras y países. Tiempo que utilizó, dice, «para irme asimilando al cordero».

Para entender, pues la cuestión del símbolo del corderito vamos a partir del original, de la fuente auténtica: la narración bíblica. Vamos a recordar aquí una constatación que parece anodina pero no lo es: María era una pensadora universal, y como tal, abordaba los temas en profundidad y de manera circular; en su totalidad. No podemos ni debemos, pues, entender el tema del corderito como una simple representación simbólica, resumen de otros muchos simbolismos y connotaciones personales, que parten de una narración bíblica, no, es mucho más que eso. Para darle pleno sentido al relato de María hay que dárselo primero al bíblico, el de Abraham, pues no se entienden uno sin el otro. La crónica de Abraham es la crónica del principio del pueblo hebreo, de su nacimiento. En ella están los fundamentos en los que se asentó el vínculo Pueblo/Dios. La crónica de Abraham y su familia es la crónica de la esperanza —palabra clave en los escritos de María— y de la confianza en Dios, a través de diferentes pruebas. Es la crónica de los cambios totales, inesperados, que se cumplen también en la crónica de la vida de María. En María todo es un renacer a la vida, de las ruinas, concepto polisémico, también clave. Dicho periplo vital, llámese éxodo, diáspora, destierro o como quiera llamarse, para más inri, nacen, en uno y otro caso, de la arena: del desierto arenoso en el relato bíblico, de las arenas cegadoramente malditas de las playas de Argelès, Barcarés, Saint-Cyprien, etc.

El tema clave en ambos casos —y queremos subrayarlo desde el comienzo— el que se «esconde» en el fondo de los dos relatos, es una guerra civil. Aniquiladora del hermano. Sin piedad, en donde prevalecen los instintos atávicos de eros y tántos (Ερως/Θάνατος). En Abraham, la guerra entre los miembros de su familia, pero también, dentro de su propia casa; en el seno mismo del espacio sagrado. Más aún, una guerra entre mujeres; lo peor que podría darse pues de ellas vale la vida: la mujer legítima, Saray, que no puede darle descendencia, contra Agar, la criada, que sí se la da a través de Ismael, su primer hijo, y por lo tanto, el primogénito. Pero Abraham lo hizo con el consentimiento y el consejo de Saray. ¿Pero no juró Franco lealtad a la República? ¿Qué hizo después?

Otro punto que nos parece importante es la cuestión de la(s) frontera(s), concepto importante —y polisémico también en el pensar de María Zambrano—, que debe analizarse según donde esté utilizado. Insiste el relato bíblico en la edad de Abraham cuando suceden los acontecimientos narrados: 99 años. La barrera de los 100 es como una frontera a pasar, de manera iniciática, para el patriarca

hebreo. Tiene 99 cuando engendra a Isaac y 100 cuando nace, en quien se prolongará el vínculo o compromiso con Dios. La metáfora de la muerte, el paso vida-muerte, se sobreentiende en dichas cifras. ¿No fue lo mismo para María, no por la edad (tenía 35 cuando la pasó) sino por el propio sentido, imaginario y real de una raya, de una frontera?

Otro punto común de esta analogía comparativa es el cambio de nombres. En la crónica bíblica el Abrám del principio se transforma en el Abraham posterior, que significa «padre de muchedumbre de pueblos». María Zambrano habla constantemente de la multitud que se agolpa primero en la frontera, y en la arena de Argelès después. «A Saray, tu mujer, no la llamarás más Saray sino que su nombre será Sara», dice el relato bíblico, «y se convertirá en naciones», después de ser bendecida. Podríamos decir que muchos de aquellos exiliados de 1939, sin documentación alguna por haberla perdido durante la contienda (lo dice también María), tuvieron que cambiar su nombre y su oficio para poder sobrevivir en el exilio: «nacieron» de nuevo en otro espacio y con otro oficio o profesión.

Podemos añadir finalmente, en esta explicación de contexto, en este paralelismo de cambios y fronteras, uno más, y creemos que también es muy importante, en relación con el elemento clave de la pensadora: el corderito. Parece ser que aquel corderito en cuestión miró fijamente a María, la eligió a ella para mirarla como también Yaveh eligió a Abraham. Los relatos bíblicos —y el de Abraham no es excepción por ser cifra sagrada— avanzan de tres en tres. En el caso que nos concierne, y en relación con el sacrificio de Isaac, su único hijo, aparecen tres: leña, cuchillo, cordero. Pero hay un cambio significativo en la crónica: «Dijo Isaac a su padre Abraham: «Padre [...] Aquí está el fuego y la leña, pero ¿dónde está el cordero para el holocausto? «Dios proveerá el cordero para el holocausto, hijo mío».²⁵

Y siguieron andando juntos. Pero en el momento de la inmolación de su hijo, un ángel le detiene el brazo para que no le haga daño al niño y le señaló algo: «Levantó Abraham los ojos, miró y vio un carnero trabado en un zarzal por los cuernos. Fue Abraham, tomó el carnero, y lo sacrificó en holocausto en lugar de su hijo.»

Como vemos, el cordero, en un levantar los ojos, se transformó en carnero. Pero hay dos términos en la crónica constantemente utilizados por la filósofa que requieren nuestra atención: miró y vio. A la manera de Machado: «Pasamos por la vida/ con los ojos hartos/ de mirar sin ver». María nos aconseja atención máxima y mirada iluminadora, distintiva, pues según el relato bíblico —y nunca mejor dicho—, en un abrir y cerrar de ojos el corderito se ha transformado en carnero; en un abrir y cerrar de ojos pasaste de la tierra española a la tierra francesa, y en un abrir y cerrar de ojos pasamos de la vida a la muerte. El cordero que miró a María ¿lo era realmente o iba ya entrando en su etapa de carnero? A nuestro juicio, estaba en ese periodo de cambio sin retorno, ¡como María! De ahí, creemos, esa complicidad de miradas, que al final, al volver en una sola: MARÍA. Y el mensaje de María también está claro para nosotros: ella, como Isaac, no debe ser sacrificada sino rescatada, lo mismo que todos los «corderos» que formaban el rebaño de Dios. En este caso, el pueblo español, que ya había pagado su sacrificio, en ese número también simbólico: ¡40 años de exilio! El corderito —María descansa en paz en las tierras donde pacía tranquilamente durante su infancia y juventud.■

25. Todas las citas de la narración bíblica con relación a Abraham han salido de la Biblia de Jerusalén, Bilbao, Desclée De Brouwer, 1975, pp. 29-35.

Palabras de Orlando y Dolores Blanco

VII Encuentro Internacional María Zambrano
Ginebra, 13 y 14 de octubre de 2022

Muy buenas tardes señoras y señores:

Soy Dolores Blanco, ciudadana suiza, esposa de Orlando Blanco de origen cubano, fundamos hace 52 años una galería y una editorial.

Primero, les transmito los saludos de Orlando, quien no puede estar con nosotros por problema de salud. Me ha encargado que les lea esta misiva nuestra recordando la amistad inolvidable que nos unió a María Zambrano.

Conocimos a María gracias a José Ángel Valente en los años 70. La amistad de María con Orlando fue inmediata y profunda, pues seguramente le recordó a ella su estancia en Cuba entre 1940 y 1953, con viajes a Puerto Rico, años cruciales y extraordinariamente fecundos para ella, habiendo encontrado en Cuba, según sus palabras, su «patria prenatal». La luz de Cuba que le recordó la de Málaga. Y bajo esa luz, una vida que se confunde con los sueños.

Ella vive allí una revelación del espíritu y del alma. Las islas, Puerto Rico y Cuba, son para ella el equivalente de una caverna de catacumbas donde puede vivir su «noche oscura», pero esas ínsulas son más que eso, son también «lámparas de fuego». Lo que encontró María en su alma en Cuba fue «lo sagrado», un mundo mágico en el cual la realidad no está delimitada.

Orlando cuenta el primer encuentro con María, era invierno: «Y con dificultad llegamos a la Pièce, en Crozet, en el país de Gex, allá donde vivía María antes de mudarse a Ginebra. Ritual de la introducción y rápidamente el manantial de la palabra liberada del lenguaje como ella decía. Cuando nos levantamos de esa visita que parecía tan corta habían pasado cuatro días de eternidad. Y ya me quedé para siempre. Había despertado.»

Muchas visitas siguieron, sobre todo en su casa de Ginebra, encuentros del alma, ella siempre con su cigarrillo elegantemente sostenido por su pitillera, compartiendo un whisky con sus amigos.

María estuvo muy entusiasta cuando le hicimos la proposición de realizar libros ilustrados, ediciones originales firmadas con tiradas limitadas. Le presentamos varios artistas, entre ellos a Baruj Salinas, Antoni Tàpies, Amadeo Gabino, etc. y editamos muchas ediciones que le encantaron.

Comenzamos por editar en 1979 una carta manuscrita de su gran amigo cubano, José Lezama Lima, con un grabado al aguafuerte de Baruj Salinas. Cómo escribir para María cuando ya él le dijo que la había comprendido, que creía haberla amado, sentido algo más que admiración, pues forma parte de los misterios, de la comunión de los seres en lo invisible y estelar. Y en abril de 1975 le decía que cada cual encontraría la línea que separa a sus vivos de sus muertos. Y que entonces volvemos a los comienzos, a los orígenes, donde ya veníamos del no existir.

Un año más tarde publicamos un texto manuscrito de María sobre Miró con una litografía de Salinas; se imprimió un fragmento de «El inacabable pintar de Joan Miró» (Los Dioses de la memoria) como homenaje a Miró que organizamos en su 80 aniversario.

Se editaron otras ediciones, libros importantes, siempre acompañados de grabados originales, por ejemplo, «El vacío y la belleza» con tres textos bilingües, traducidos por Marie Laffranque, y tres aguatinas de Amadeo Gabino, dibujadas en círculos concéntricos, cada vez más amplios y desprendidos, creados por un movimiento de expansión hacia un punto fijo, pasando